

**Antonio Gómez Hueso**

# WENDY EN EL PAÍS DEL AHORA ETERNO

*Antonio Gómez Hueso*

Cuando Peter Pan, Wendy, Campanilla, John, Michael y los Niños Perdidos regresaron a casa de los Darling, procedentes del País de Nunca Jamás, cada uno emprendió un nuevo rumbo en su vida. Los Niños fueron adoptados por la familia Darling, padres de Wendy, y los inscribieron en la escuela. Peter Pan y Campanilla volvieron al País esa misma noche, no sin antes prometer Peter a la niña que la recogería para viajar juntos a Nunca Jamás y hacer la limpieza de primavera.

Y cumplió su promesa. Volvió a buscarla cuando se cumplió el primer año. Wendy se fue volando con él, llevando el vestido de hojas y bayas que había tejido durante su estancia en el País de Nunca Jamás.

Al segundo año Peter no vino a por ella, pero no le extrañó dada la incapacidad recordatoria del niño. Wendy le esperó con un vestido nuevo porque el anterior se le había quedado estrecho.

Luego la recogió al año siguiente, sin sospechar que se había saltado uno. La niña se había desarrollado y era ya una preciosa muchacha. Pasaron una excitante semana de primavera en la casita de la copa de los árboles. Fue la tercera y última vez que Wendy visitó Nunca Jamás.

Pasó el tiempo y Peter no volvió a acudir a su encuentro anual. La muchacha fue creciendo, se hizo mujer, pero seguía sin olvidar el embrujo de su ser querido y las maravillosas aventuras vividas con él en aquellas remotas islas.

Había cumplido ya 23 años. Seguía viviendo en la casa familiar, cerca de Kensington, con sus padres George y Mary, sus hermanos John y Michael, de 21 y 15 años respectivamente, y sus hermanos adoptados, Nibs, Curly y los Gemelos (los otros hermanos, Slightly y Tootles, se habían casado y emancipado). Wendy se había convertido en una bellísima mujer. Su cabello, largo, sedoso y pelirrojo, envolvía con dos mechones rizados un rostro ovalado, angelical, de ojos azules, nariz estilizada y labios carnosos y sensuales. Su cuerpo, de piel blanca, suave y delicada, había desarrollado

voluptuosas curvas que ella solía esconder púdicamente con vestidos anchos, largos y vaporosos. Había rechazado a muchos pretendientes, ya que el recuerdo de Peter seguía inhabilitándola para cualquier relación, lo que empezaba a ser motivo de inquietud para sus padres. Por todo esto, sus amistades masculinas eran escasas, aunque era el centro de atención de los jóvenes de su barrio londinense. Nibs estaba profundamente enamorado de ella, pero nunca se planteó intentar entablar una relación amorosa, ya que, aparte de ser hermano adoptado, no olvidaba la intensa y placentera experiencia que vivió en el pasado cuando Wendy, más que como hermana, actuó como madre.

La mejor amiga de Wendy, desde sus tiempos escolares, era Kathryn O'Connor. Con el paso de los años, ambas jóvenes se habían acostumbrado tanto la una a la otra que a veces se preguntaban internamente si no sentirían algo más entre ellas.

Una tarde de verano paseaban cogidas de la mano por los jardines de Kensington. Pasaron cerca de una zona de césped en donde unos muchachos se entretenían disputándose una pelota de rugby. Entre ellos, Wendy reconoció a Curly, uno de sus hermanos adoptivos. Le hizo señas con el brazo. Él la reconoció también y correspondió a sus saludos. Enseguida las chicas reanudaron su camino. La escena no pasó inadvertida para Reginald Benson, uno de los jóvenes que integraban aquel grupo, que quedó impresionado por la belleza de Wendy. Mientras las muchachas se alejaban, preguntó a Curly sobre la identidad de aquella pelirroja tan hermosa. El joven le explicó el parentesco que tenía con ella y añadió:

—Yo que tú, no me haría ilusiones. Mi hermana vive obsesionada con un niño llamado Peter Pan, que vive allende los mares, y es el único amor de su vida. Con él compartimos aventuras sorprendentes hace ya muchos años, en el País de Nunca Jamás. Muchos lo han intentado antes que tú, infructuosamente. Para ella es y será su único amor. Mejor es que la olvides.

—Háblame más de ese tal Peter Pan.

Reginald era el primogénito de una adinerada familia burguesa, los Benson, que habían construido un poderoso emporio comercial a través de una extensa plantación de té en Ceylán. Aquella tarde, mientras escuchaba de boca de Curly el resumen de las aventuras que vivió en su niñez con Peter Pan, Garfío, Campanilla, los indios, los piratas y sus otros hermanos, los Niños Perdidos, Reginald se prometió conocer y conquistar a aquella chica.

Días después, Wendy se encontraba muy nerviosa en la cama. El calor era

excesivo para un lugar como Londres y además había bebido un poco de champán en la cena de los Thompson, a la que había asistido con sus padres. Se revolvía entre las sábanas, zarandeaba a la almohada, y entre sueños empezó a tener pesadillas en las que se veía cogiendo y bebiendo copas mientras despedía con sonrisas forzadas a los moscones que revoloteaban a su alrededor pretendiendo llevarla a bailar. No aceptó ninguna de las invitaciones en toda la noche y solo bailó con Kathryn, informalmente, varias piezas. Muchas veces se despertó y oyó el susurro de los árboles del jardín. Empezaba a correr una tenue brisa que fue penetrando por la ventana abierta y deslizándose por su cuerpo semidesnudo. Pensó que tal vez sería mejor entornar la puerta de la ventana y se incorporó un poco, con la intención de levantarse. Entonces le vio. Un muchacho rubio, vestido de verde, estaba echado delante de la cama, con su cabeza apoyada sobre la mano derecha y el codo apuntillando el brazo sobre la alfombra. Se asustó al verle y chilló. Él saltó y se echó sobre ella tapándole la boca. La inmovilizó sujetándole el brazo. Se quedaron muy quietos, a la espera de comprobar si alguien había oído algo e irrumpía en la habitación. Pero no pasó nada. Entonces Wendy se dio cuenta de que el joven iba vestido igual que su adorado Peter Pan. Pasaron unos minutos antes de que el desconocido le susurrara:

—No te asustes, Wendy, soy yo. Soy Peter. ¿Me prometes que no gritarás si te deajo libre la boca?

Ella asintió con la cabeza. El joven la soltó y se separó, quedándose echado a su lado.

—¿Quién eres? Por supuesto que no eres Peter, aunque te hayas disfrazado con una ropa similar. No te conozco. ¿Cómo has entrado aquí?

El chico sonrió, intentó cogerle la mano, pero enseguida ella la retiró.

—Ya veo que no me reconoces. No te culpo. Me estás viendo con muchos años más de edad. Sé que he cambiado, pero confiaba que no sería tanto. He pasado bruscamente de ser niño a ser adulto. Soy Peter Pan y he decidido volver a crecer; he abandonado el hechizo de las hadas y he retomado mi edad real: es decir, tengo 25 años, dos más que tú.

Wendy se fijó en el chico. Le examinó. Era rubio, con ojos verdes, como Peter. Iba vestido exactamente como él: con un traje, también verde, de hojas secas unidas por la savia de los árboles. Sus rasgos faciales no eran tan estilizados como el de su adorado niño, eran más pronunciados, pero eso podría deberse a la acción del tiempo. No lo reconocía, pero podría ser él, sí.

—¿Qué te ha hecho reconsiderar tu actitud? Tenías pánico a crecer y llegar a ser un adulto.

—Sí, es verdad, pero he valorado que crecer tiene también sus ventajas. Me estaba perdiendo mucho de la vida.

—¿Sí? ¿Cómo qué?

—Por ejemplo, el amor. Echaba de menos disfrutar del amor de una mujer.

A Wendy se le encogió el corazón ante una dura sospecha. Así que se atrevió a preguntarle:

—Y... ¿ya lo has conocido?

El joven sonrió y mintió:

—No, aún no. Me he mantenido casto para ti.

—No te creo. No creo nada de lo que me dices.

—Ponme a prueba. Puedo contarte todas las aventuras que vivimos, con Campanilla, los Niños Perdidos, el capitán Garfío, los indios... Podemos volver al País de Nunca Jamás, como hacíamos para la limpieza de cada primavera.

—Hace años que no has venido a recogerme...

—Recuerda que soy olvidadizo. Desde que me he hecho mayor, la memoria me funciona estupendamente.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Has entrado volando? —dijo Wendy señalando la ventana abierta.

—Sí, volando, como siempre. He llegado siendo todavía niño. Luego aquí, delante de tu cama, he roto el hechizo, bebiéndome una pócima que traía —le enseñó el frasco vacío— y me he transformado en adulto.

—¿Y podrás regresar volando?

—Me temo que ya no. Mi cuerpo ahora no me lo permite, como te pasa a ti. Pero sé cómo regresar al País de Nunca Jamás empleando otros medios de transporte. Iremos juntos.

Se acercó a ella intentado besarla. Wendy se lo impidió echándose hacia atrás y sujetándole los brazos.

—Tienes que marcharte. Pueden venir mis padres.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—No lo sé. Estoy muy confusa. No eres tal y como te recordaba. ¿Dónde vas a pasar la noche?

—En los Jardines. No te preocupes. Además, tengo amigos en Londres.

—Vete ya. ¿Sabes cómo salir?

—Conozco tu casa perfectamente.

Wendy se levantó, le dio la mano y el joven se incorporó. Le acompañó hasta la puerta. Antes de salir, él la cogió de la cintura y se aproximó. Wendy giró la cabeza, resistiéndose, pero finalmente se dejó y los labios de ambos se fundieron en un beso largo, voluptuoso y, sobre todo, placentero. Se zafó de él, le empujó para que saliera, cerró la puerta y tambaleante se dirigió a la cama.

No pudo conciliar el sueño durante el resto de la noche. La experiencia vivida la turbaba sobremanera. Así que Peter había crecido, venía a por ella, la deseaba. Sintió que estaba a punto de conseguir lo que siempre había anhelado.

Por la mañana le contó lo sucedido a Kathryn. Ella, que siempre había negado el poder mágico de Peter Pan, no así su existencia, ya que los hermanos de Wendy y los Niños Perdidos se la habían confirmado en repetidas ocasiones, pensó que su amiga lo había soñado todo y que seguía trastornada por el recuerdo de aquel niño y todas las aventuras vividas en aquella isla lejana. Wendy le contó la llegada de Peter también a su hermano Michael, no así a John (que estudiaba en Oxford), y a sus hermanos adoptivos Nibs, Curly y los Gemelos. Ninguno de ellos pareció creerla. Argumentaban que siempre que Peter había regresado los había visitado a todos, circunstancia que en esta ocasión no se había dado.

Durante todo el día, Wendy no tuvo noticias de Peter, dejó por la noche la ventana abierta y esperó inútilmente que volviera a aparecer. Se lamentó por no haber concertado una cita con él. Tampoco apareció al siguiente día y pensó si tal vez había decidido regresar al País de Nunca Jamás. Era algo muy propio de él, aparecer y desaparecer sin razones aparentes. Esta incertidumbre apesadumbraba su corazón. Ahora que había descubierto a un nuevo Peter Pan, más accesible, tierno y excitante, volvía a perderlo. El recuerdo de aquel beso robado embriagaba sus sentidos.

Kathryn intentaba animarla preparando con ella el Baile de Máscaras Benéfico que se iba a celebrar el sábado en los jardines de la mansión de los Clayton, una adinerada familia aristocrática. Ellos cedían durante unas horas, de seis a doce de la noche, parte de los jardines para la celebración del evento anual. Los asistentes masculinos, jóvenes en su mayoría, deberían realizar una aportación económica para acceder al recinto. Las muchachas estaban exentas. Aunque Wendy no mostró nunca el menor interés por el baile, al final decidió contentar a su amiga, muy interesada en acudir.

Estuvo pensando mucho el disfraz. Quería sorprender a Kathryn y a sus amistades. Claro que su amiga se había propuesto lo mismo. Acudirían por separado al evento y habían apostado que la primera en reconocer a la otra sería agasajada por la perdedora con todo un día de celebraciones, incluyendo un regalo, una excursión en coche por la ciudad y un picnic en los Jardines de Kensington. Wendy debería, pues, esforzarse mucho para intentar no ser reconocida por Kathryn. Decidió disfrazarse de Tigridia, la india piel roja que conoció en el País de Nunca Jamás. Nadie la identificaría como la pelirroja que era, usando una peluca morena y embadurnando su piel clara con aceites y pinturas para convertirla en piel tostada, brillante y suave. Había confeccionado previamente su disfraz, elaborando un llamativo penacho de plumas de jefa guerrera, una blusa de piel fina, muy ajustada al tórax, corta y escotada, que evidenciaba las redondeces de sus sensuales pechos, una chaqueta beige claro con flecos y una falda, también con flecos, que le llegaba hasta la rodilla, pero que disponía de una generosa abertura lateral que le permitía lucir una de sus piernas. Horas antes del baile se untó las partes visibles de su cuerpo, desde la cabeza al abdomen, los brazos y las piernas. Se colocó la peluca y, cuando apareció en escena, sorprendió al señor y a la señora Darling, que no la reconocieron al principio.

Sus cuatro hermanos adoptivos, Nibs, Curly y los Gemelos, alquilaron un coche de caballos y la acompañaron a la fiesta. Michael era demasiado pequeño aún para acudir a esta clase de eventos. Previamente les hizo jurar que no revelarían a nadie su identidad, oculta bajo el disfraz de india. Cuando llegaron a la mansión, que estaba en las afueras de Londres, ella se adelantó para no llegar juntos y evitar así que la relacionaran con los cuatro jóvenes. Los hermanos, que se habían disfrazado de filibusteros, se quedaron atrás, esperando un rato antes de entrar.

Wendy accedió al edificio, lo cruzó y salió a los jardines traseros. Un poco más adelante, en una explanada, una orquesta de siete músicos amenizaba el baile. Alrededor de doscientos jóvenes de ambos sexos transitaban de un lugar a otro, hablando, bebiendo y bailando en un ambiente habitual de estos tipos de celebraciones. Wendy se aproximó a la gente y empezó a ojear disfraces. Debía reconocer a Kathryn antes de que ella lo hiciera y así ganarle la apuesta. Se puso una máscara para ocultarse mejor, pero se dijo que quién iba a pensar que su piel pálida se había convertido en tostada y su cabello pelirrojo en moreno. Sólo mantenía intactos sus bellísimos ojos azules tras la máscara. Su cuerpo se estremeció cuando, en medio de caballeros, oficiales, brujas, hadas y gente de todas las raleas, creyó ver la figura de su querido Peter Pan. Así que, se dijo, después de todo, aún no había regresado al País de Nunca Jamás. Se fue hacia él. Peter tiraba de la

mano de una damisela y se alejaba de la zona de baile. Se internaron en los jardines. Wendy lo llamó gritando:

—¡Peter!!

El joven volvió la cabeza, pero siguió su marcha, arrastrando con él a su acompañante. Wendy fue tras ellos. Corrió por las sendas de los jardines hasta que los perdió de vista. En varias ocasiones se le cayó el penacho de plumas y tuvo que volver a recogerlo, tanteando a veces en la oscuridad. Se desgañitó llamándole, inútilmente. Entonces se sentó en un banco de madera a descansar. Se quitó el penacho. Estaba sudando. La noche lo había invadido todo, pero una resplandeciente luna llena iluminaba el lugar. Lejos se escuchaban gritos, risas y música de orquesta.

De pronto unas manos venidas desde atrás se posaron delante de sus ojos, tapándole la visión. Intentó separar los brazos invasores, pero no pudo porque la otra persona presionó con más fuerza.

—¿Quién eres?

Como respuesta sintió cómo unos labios se posaban sobre los suyos y la besaban. Intentó resistirse, pero una vez más la insistencia de la boca invasora se impuso y, finalmente, intuyendo que era Peter quien lo hacía, se abandonó, correspondió al placer y envolvió su boca en la otra. Los labios se retorcían y las lenguas se enfrentaban. Notó cómo las manos que la cegaba cedían, se retiraban y descendían acariciando su cuerpo hasta manipular sus pechos. Entonces pudo ver y confirmar que era Peter Pan quien la tocaba. Se quedó sorprendida.

¿Cómo la habría reconocido pese al disfraz?

—¿Eres tú, Peter?

El desconocido no contestó y siguió con su labor seductora. Wendy se soltó bruscamente, muy enfadada.

—¡Dime quién eres!

Se quedó estupefacta cuando le respondió una voz femenina:

—¡Ja, ja, ja! ¡Gané! ¡Eres Wendy Darling! Tú misma te has traicionado al identificar a Peter y llamarlo. —En ese instante Kathryn se quitó la máscara y luego la gorra verde con una pluma de fieltro—. Has perdido la apuesta, señorita Darling. Sabía que disfrazándome de él, vendrías a mí y te descubriría.

¡Me debes un día de agasajos!

Wendy no podía salir de su asombro. Se separó de su amiga, que seguía carcajeándose de risa, retrocedió y la reprendió con furia:



—¡Kathryn, cómo te has atrevido! ¡Me has besado y toqueteado!

—Vamos, no seas tonta —intentó tranquilizarla Kathryn acercándose y cogiéndole los brazos— Somos amigas. Me ha encantado hacerlo. Te adoro como mujer. He aprovechado la ocasión.

—No me gusta tu descaro, no has debido atreverte... —le reprochó Wendy, intentando zafarse de ella. Kathryn la abrazó y la tranquilizó.

—No te enfades, cariño. Esta es una noche de disfraces. Cada uno juega un papel. Será divertido ver cómo la gente piensa que somos una pareja de chico y chica, sin serlo. Bailaremos juntas y nos reiremos de todos.

—¿Y tu acompañante?

—Era Rosemary, una amiga. Le pedí que me acompañara un rato para hacerte más creíble el engaño, era mi señuelo. Se ha ido. Creo que se había cansado de la farsa y andará por ahí buscando a su chico.

Regresaron a la fiesta. Bebieron, rieron y bailaron durante más de una hora, ahuyentando a los que se les acercaban. Se mofaban de ellas mismas y de los demás. Ninguna de las dos fue reconocida por sus amistades.

Llegó un momento en el que Wendy empezó a sentirse indispuesta; se mareó, tal vez el champán la estaba afectando. Se lo dijo a Kathryn. Su amiga le propuso dar un paseo hasta un templete apartado que había en una pequeña loma, sobre un riachuelo y cerca de la valla que delimitaba la propiedad. La acompañó hacia allí. Cuando llegaron, Kathryn le aconsejó que se echara y apoyara la cabeza en su regazo. De este modo, descansaría un poco y, seguramente, mejoraría. Wendy aceptó. Se quitó el penacho de plumas y la peluca. Todo le daba vueltas. Pasaron así muchos minutos, tantos que cayó rendida por el sueño.

Cuando se despertó, no sabía dónde se encontraba. Había olvidado la fiesta. Aquel rincón seguía estando muy oscuro. Se incorporó un poco, se percató al fin de todo, recordó que estaba echada sobre Kathryn, escuchó la música, que sonaba débil y lejana, y apremió a su amiga:

—Ya estoy mejor. Vamos, debe ser muy tarde.

Se levantó, le tendió la mano para que Kathryn también se incorporara, pero notó resistencia. Entonces oyó una voz masculina:

—No soy Kathryn. Soy Peter.

La sorpresa la hizo gritar involuntariamente. El joven tiró de ella, la cogió de la cintura, le tapó la boca y la obligó a sentarse.

—No grites. Podrías alertar a alguien.

Le quitó la mano de la boca. Entonces ella se dio cuenta de que estaba en presencia de un joven que sí podría ser el Peter de la otra noche.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Kathryn?

—Le pedí que se marchara. Estuve buscándote en la fiesta, no te reconocí en toda la noche.

—Yo tampoco te vi. ¿De qué vas disfrazado?

—¿No lo ves? ¡De arlequín! —dijo quitándose el sombrero negro con forma de media luna invertida—. Pedí el traje prestado.

—Pero... no lo entiendo. ¿Cómo has sido capaz de dar conmigo? Tengo un aspecto radicalmente opuesto al mío habitual.

El joven sonrió y se explicó:

—Cierto. Confieso que me he topado varias veces contigo durante la noche sin sospechar que podrías ser tú. Estaba desesperado por no poder encontrarte. Curly se negó a decirme quién eras, así que cuando vi a alguien que iba con mis ropas, es decir, disfrazado de Peter Pan, pensé que tú, fueras quien fueses, no estarías lejos de quien llevara ese disfraz. Me dediqué vigilar a ese Peter y a su excitante pareja india. De ese modo, pude seguirlos cuando os vinisteis aquí, al templete. Observé desde las sombras, vi que te quitabas el tocado de plumas y la peluca y comprendí la situación. Esperé hasta que te dormiste. Luego me presenté a Kathryn, le conté quién era y le rogué que intercambiáramos los papeles y me dejara a solas contigo.

—Ahora me lo explico. Ni tú ni yo parecíamos los que somos.

—¡Pero lo somos! ¡Peter y Wendy, al fin juntos otra vez! ¡Y ahora dispuestos a querernos plenamente!

Empezó a besuquear las mejillas de Wendy. Ella se apartó e intentó zafarse del abrazo.

—¿Qué haces, Peter?!

Él volvió a traerla hacia sí, cogiéndola del talle

—Tranquila, sólo te quiero acariciar. Estamos solos.

—No... Peter.

Intentó resistirse, pero el joven mantuvo su insistencia y siguió deslizando su boca por el cuello y los hombros, lamiéndola, mientras que sus manos la despojaban de la chaqueta de flecos. Wendy temblaba mientras volvía al regazo del joven, suplicándole, sin mucho convencimiento, que “por favor, la dejara”. Él, desoyéndola, continuó

acariciando su rostro hasta que, por fin, su cálida y húmeda lengua penetró sucesivamente en la boca de la joven. Sus labios trémulos sucumbieron una y otra vez a los dulces besos. Wendy intentó incorporarse, incluso empezó a gimotear, no sabiendo muy bien si era de placer o de miedo. Él la tranquilizó, le dijo que se relajara, que no le haría daño. Le quitó la blusa, siguió descendiendo con sus caricias hasta que lentamente le bajó el corpiño y empezó a besarle los pechos, chupando y mordisqueando suavemente los pezones. Wendy suspiraba y jadeaba, en medio de tímidas y menguantes lágrimas, mientras él seguía moviéndose, liberándola definitivamente del corpiño. Guio la boca hacia el abdomen, entreteniéndose en jugar con su lengua en el ombligo de la sensual guerrera india. Luego le subió la falda, le separó las piernas y le lamió el interior de los suaves muslos. Ella se agitaba y suspiraba.

—Por favor, Peter, no...

La pasión mostrada por su amante la doblegó. Se rehizo, se colocó encima de él, levantó los brazos, se sacó las horquillas del pelo, dejándolo suelto, se inclinó y tomó la iniciativa. Él la abrazó fuertemente mientras Wendy le blandía los pechos en la cara.

Poco a poco la ropa fue saltando y cayendo sobre el suelo empedrado. Ya no quedaba rastro de la india ni del arlequín. Eran dos cuerpos desnudos que se retorcían con frenesí, sobándose y mordiéndose por doquier. Los jadeos se fueron intensificando.

Ya había visto bastante. Kathryn, escondida tras un árbol, observaba la tórrida escena con turbación, lujuria y excitación. Había vuelto al templete para ver si Wendy se había recuperado y para comprobar que seguía con el que decía ser Peter Pan. No imaginaba la escena que se ofrecía a sus ojos. Después de observarlos durante unos minutos y constatar que el acoplamiento de la pareja era inevitable, optó por regresar al baile. Cuando llegó se encontró con Curly, que buscaba a su hermana para regresar a casa. Le mintió diciéndole que no estaba en el templete y que la buscaría en el estanque, al que le había dicho que iría. El muchacho se ofreció a acompañarla, pero ella le convenció de que no era conveniente, era mejor que acudiera sola. Wendy había bebido un poco y se avergonzaría de que él lo notara.

Mientras, en el templete, se había consumado la unión carnal. Wendy había sucumbido con desenfreno a un misterioso arlequín que decía ser Peter Pan, pero que ella seguía sin asociar con el dulce niño del que siempre había estado infructuosamente enamorada. Los reproches internos que se hacía la recién desvirgada, debido a la debilidad que había mostrado, se compensaban con el convencimiento de que había sido su adorado Peter el que lo había hecho, tal y como siempre deseó. La pareja permaneció abrazada

durante largo tiempo antes de que ella notara los menguantes sonidos que el baile originaba.

—Es muy tarde—dijo levantándose y empezando a vestirse—. Tengo que volver.

—¿Puedo verte mañana?

—Mejor no, Peter. He de meditar sobre lo que ha pasado esta noche. No hemos debido...

—Iré a tu habitación mañana por la noche.

—No, Peter. Podrían verte mis padres. —Reflexionó—. Quedaremos, si quieres, en los jardines de Kensington, en el Estanque Redondo, a las cinco.

Volvió sola a la fiesta. Sus hermanos la estaban buscando. Se justificó diciéndoles que había bajado a ver el río. Preguntó por Kathryn y le dijeron que se había marchado ya. Alrededor de medio centenar de personas apuraban la fiesta. Faltaban muy pocos minutos para la medianoche, hora de la finalización. Los cinco volvieron a casa de los Darling en el coche de caballos.

Al día siguiente fue a visitar a Kathryn por la mañana y le reprochó que la dejara en el templo con Peter. Ella se defendió:

—Pero, Wendy, él me dijo quién era, yo he oído mil veces tu historia y sé lo que representa para ti. Creí que actuaba bien.

—Pues no, no lo hiciste correctamente. ¡Dejarme a solas con él...! ¡No te lo perdono!

—¿Pasó algo entre los dos? —se atrevió a preguntar acerca de lo que ya sabía.

—¡Claro que no! ¿Qué iba a pasar? ¡Cómo se te ocurre preguntar eso! —concluyó airadamente.

Wendy y su joven pretendiente ataviado de verde se vieron esa misma tarde, y al otro día también, y al otro... Al quinto día después del baile, mientras reposaban a orillas del río Westbourne, después de haber hecho el amor una vez más, Wendy le preguntó de improviso:

—Respóndeme sinceramente: No eres Peter, ¿verdad?

El joven la miró con seriedad. El momento que tanto temía había llegado.

—No. Me llamo Reginald Benson. Soy el hijo menor de Derek Benson, el industrial mercante.

Wendy escuchó la confesión con gravedad. Sintió un sofoco interior y creyó que

pronto las lágrimas correrían por sus mejillas.

—¿Por qué te has hecho pasar por Peter Pan?

—Hace un mes, más o menos, te vi por primera vez, en los Jardines, cuando paseabas con tu amiga y te paraste a saludar a un chico. Me enamoré de ti nada más verte y me propuse conquistarte. Le pregunté al amigo que estaba a mi lado y me reveló tu identidad: Wendy Darling. Me interesé también por el chico al que habías saludado, creía que podía ser tu novio, pero mi amigo me dijo que era Curly, uno de tus hermanos. Me hice amigo de él y le pedí que me hablara de ti, de tus aficiones, deseos, modo de vida... Por él supe las aventuras que habías vivido en ese extraño País de Nunca Jamás y me explicó por qué rechazabas a todos los pretendientes: seguías enamorada de un niño llamado Peter Pan, que solía visitarte anualmente y con el que ibas de viaje a aquel lugar. Curly me aseguró que tus padres están preocupados por ese comportamiento tuyo. Piensan que te niegas a ser madura, como parece ser que le pasa a ese niño. Consideran que deberías buscar una relación estable con un chico de tu edad para fundar una familia propia.

Wendy le escuchaba en silencio y con semblante impertérrito.

“—Así que se me ocurrió abordarte como si fuera Peter Pan. Era el único modo de que no me rechazaras a priori. Yo soy rubio-castaño, con ojos verdes, como él. Inventé lo del crecimiento para justificar que mi rostro no se pareciera al suyo, lo que podría ser atribuible a la edad, como intenté que creyeras. Curly me aseguró que sí, que podría pasar por el Peter adulto y me informó cómo era su ropa. Me hice un atuendo similar al suyo y me facilitó la entrada a tu habitación hace unos días, con la promesa, claro, de que no intentaría nada obsceno contigo. Así te conocí.

Hubo una larga pausa. Wendy seguía asimilando la noticia. Al fin habló:

—Entiendo. Nuestra relación se basa en una mentira. Te has aprovechado de una chica confusa y desamparada.

Reginald se acercó a ella y le cogió las manos.

—Es verdad, pero te quiero y estoy dispuesto a llevar nuestra relación al punto adecuado. Me gustaría casarme contigo.

Ella se soltó y se levantó.

—Ya puedes dejar ese absurdo disfraz de hojas. Acompáñame a casa. Lo nuestro ha terminado.

De poco valieron las súplicas del joven. Wendy se mantuvo impasible a lo largo del trayecto de vuelta.

Pasaron varias semanas y persistió la intransigencia de Wendy, rechazando todo acercamiento a Reginald. Recriminó a Curly que se hubiera prestado para la farsa y no le habló durante días. Cortó sus salidas ociosas con Kathryn, se negó a satisfacerle el día de agasajos que le debía, por la apuesta perdida, y se mantenía la mayor parte del tiempo en casa. Sus padres no sabían nada aún de su relación con Reginald.

Pero empezó a echar de menos a su exaltado amante, el tiempo hiere y la espera empezaba a pesarle. Deseaba de nuevo ser abrazada y gozar de los deleites sexuales que el experto Reginald le había dado a probar. Empezó a pensar en un modo de acercarse sin comprometerse demasiado. Debería seguir mostrándose inflexible en el castigo que le había impuesto.

Optó por hablar con Curly para preguntarle sobre Reginald. Hacía semanas que no tenía noticias de él. Su hermano le indicó que el joven se había desanimado de tanto rogarle inútilmente que le perdonara y que salía ahora con una chica. La noticia alarmó sobremanera a Wendy. Visitó a Kathryn, pero su amiga, muy molesta por no recibir los premios de su apuesta ganada, se negó a recibirla. Tuvo que insistir mucho ante la familia para que, al fin, la chica decidiera hablar con ella. Wendy le dio una fecha para satisfacer la promesa pendiente. Luego le contó lo sucedido, aclarándole que el supuesto Peter Pan no era tal y que todo fue una estrategia de Reginald Benson para seducirla. Había roto con él debido a que se sintió engañada, pero ahora lo echaba de menos. Omitió narrarle su encuentro sexual. Kathryn se sintió altiva porque había sido voyeur de la desvergonzada unión amorosa. Wendy le pidió consejo. Su amiga no sabía nada de él, sólo le conocía de referencias y creía que vivía en otro barrio, lejos. No obstante, le prometió que se informaría.

Las noticias que obtuvo al día siguiente no podrían ser más desconsoladoras: Reginald tenía relaciones con una tal Rosalyn Martison, hija de un conocido doctor. Al parecer estaban prometidos y la boda podría celebrarse antes de un año. Wendy arrancó a llorar desconsoladamente y su amiga tuvo que esforzarse en tranquilizarla.

Durante varios días, Wendy permaneció afligida en casa. Había perdido el apetito y se pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio. Sus padres estaban muy preocupados. Curly les tranquilizó diciéndoles parte de la verdad, que se había enamorado de un chico que estaba prometido. La señora Darling acudió en varias ocasiones a verla en su habitación y le aconsejaba sabiamente, pero Wendy seguía en un estado lamentable de nerviosismo y depresión.

Pero no acabarían aquí los males de la joven. Días después notó que la menstruación se retrasaba. Temió lo que se teme en estos casos. Como el problema persistía, decidió contárselo a Kathryn. Ahora sí tuvo que pasar la vergüenza de confesar que aquella noche Reginald la poseyó. Su amiga, sin embargo, nunca le contó que había sido testigo oculta. Después de escucharla con semblante grave, le recomendó que visitara a un médico. Ella misma le recomendaría uno, desconocido para los Darling. Con la ayuda de Curly, que le proporcionó el dinero necesario para el coste de la visita, y la compañía de su fiel amiga, una tarde en Chelsea fue reconocida por el doctor Preston Wiseman, quien le confirmó lo que temía: que estaba en su primer mes de embarazo.

Los Jardines de Kensington, ¡cómo no!, lugar importante de su encuentro con Peter Pan, fueron testigos del intenso llanto de Wendy, sentada con su amiga, que intentaba consolarla en un banco frente a The Serpentine. Después de un momentáneo cese de lágrimas y de tranquilizarse un poco, Wendy le confesó:

—No permitiré criar a mi hijo sin su padre al lado. Haré una locura — miró al Puente de Serpentine y lo señaló con el dedo—, me tiraré desde ahí antes de permitirlo. Lo juro.

Kathryn le recriminó estas desatinadas palabras y le aconsejó que informara a Reginald, tal vez él asumiría su responsabilidad. Wendy rechazó el consejo y, además, prohibió a su amiga que le informara por su cuenta.

—No quiero que venga a mí sólo para cumplir con su obligación de padre, en el caso de que así fuera, que estaría por ver. Sé que ya no le intereso y que ama a otra mujer. Mejor es que no sepa nada.

Kathryn se quedó muy preocupada por las palabras de su amiga. ¿Y si se le ocurría cumplir tan loca intención? Además Wendy le hizo prometer que no le revelaría a nadie su embarazo.

Aquella noche Wendy no pudo conciliar el sueño. Se levantó de la cama en múltiples ocasiones, paseó por la habitación, se asomó a la ventana, se acordó de Peter. ¿Por qué no había vuelto desde hacía años? ¿Se habría olvidado de ella tal vez? Sonrió y se dijo que Peter no sólo se olvidaba de ella, sino de... ¡todo! Se acostó de nuevo cuando ya empezaba a clarear el día. Se durmió al fin y tuvo un inquietante sueño:

*“Paseaba por Kensington con Peter de la mano. Llegaron al Puente de Serpentine, empezaron a atravesarlo y cuando llegaron a la mitad, sobre el tercer ojo, se subieron a la baranda de piedra y cogidos de la mano se arrojaron al lago. Pero no*

*cayeron, se elevaron, como hacían en el pasado, y volaron encima de The Long Water. Llegaron hasta los Jardines Italianos, uno de los extremos del lago, giraron, cambiaron el rumbo, llegaron otra vez al Puente, lo sobrepasaron, entraron en The Serpentine, llegaron al otro extremo, a la Isla de los Pájaros. Volvieron a girar. Otra vez volando superaron el Puente y fue entonces cuando Peter le señaló un punto situado en la orilla del lago, a la izquierda, y le gritó:*

*—¡Mira! ¡Mi estatua! ¡Vamos a verla!*

*Hacia allí se dirigieron. Planearon descendiendo al lado de una estatua de bronce elevada sobre un pedestal en la que se veía a Peter Pan tocando un pequeño instrumento de viento. Wendy nunca había visto tal monumento. Le dieron la vuelta a la estatua, riendo y jugando, e incluso se subieron. Wendy abrazó la figura de bronce y exclamó:*

*—¡Se te parece mucho! ¡Es idéntico a ti!*

*Luego volvieron a ascender y se dirigieron al Palacio. Llegaron al Estanque Redondo, poblado de patos y barcas recreativas, lo atravesaron como una exhalación, sobrevolaron la estatua de la Reina Victoria y enseguida estuvieron en los tejados de la antigua residencia real. Allí se soltó de Peter y le invitó a perseguirla.*

*—¿A que no me atrapas?*

*Corrió por las cumbreras, esquivando monteras y luciérnagas y teniendo cuidado de no resbalar por las vertientes. Sin embargo, una de las veces en que giró la cabeza para ver a su perseguidor, no se dio cuenta de que llegaba a un nudo del tejado, que tenía que cambiar de dirección, lo sobrepasó y sintió cómo se precipitaba irremediabilmente al vacío. Una pareja situada en el Paseo Principal observaba su caída. Pudo identificar a Reginald como el hombre. Tuvo vértigo y en ese instante despertó alarmada y sudorosa.”*

Se dio cuenta de que había sufrido una pesadilla. Se tranquilizó diciéndose: “¡Una estatua a Peter Pan! ¡Qué tontería! ¡No existe! ¡Si no le conoce nadie! ¡Qué desatinos pululan en los sueños! Y, por si fuera poco, ¡estaba el pedante de Reginald con su pánfila prometida! Mejor es que lo olvide todo y encare el nuevo día.”

Siguió en cama, reflexionado de nuevo sobre su situación. De momento no les diría nada a sus padres. Por supuesto que no tenía valor para saltar desde el Puente y ahogarse en la Serpentine con su diminuto feto. Lo había dicho para mitigar la rabia que sintió cuando conoció la noticia del romance de Reginald y para impresionar a Kathryn. También había descartado abortar, por varias razones: era ilegal, peligroso y no tenía recursos



económicos suficientes para ello. Así que debería tener al bebé. La dificultad principal estaba en sus padres.

¿Cómo reaccionarían al conocer la noticia? Pensó que mal, que no aceptarían la situación, su estrecha moralidad no lo permitiría. No podía, pues, contárselo. Solo le quedaba una opción: huir de Londres y tenerlo en algún otro lugar. Pero, ¿adónde podría ir? Su economía individual, unos pequeños ahorros reservados de las escasas libras que su padre le concedía mensualmente, no le daría para sobrevivir por mucho tiempo. Pensó entonces que no tendría más remedio que recurrir a alguna de sus parientas. Tal vez la tía Gladys, que vivía en Norwich, o la tía Mary, de Maidstone. Ya lo pensaría. Ahora debería proyectar el modo de huir. También valoró la posibilidad de buscar a Reginald y exigirle que afrontara su responsabilidad, pero enseguida descartó, una vez más, la idea. No iría a rogarle.

Pasó toda la mañana cavilando. Su madre la notó rara y se interesó, preguntándole en varias ocasiones, pero ella le respondió con evasivas y excusas. Al atardecer, mientras leía en su cuarto, llamaron a la puerta. Era Michael. Asomó su cabeza.

—Papá y mamá te llaman. Una visita te aguarda abajo.

¿Una visita? No esperaba a nadie.

—¿Quién es? ¿Kathryn?

Sabía que no podría ser ella, su hermano la conocía y la hubiera nombrado, pero lo preguntó para inquirir más.

—No. No es ella. Es un joven. Me han dicho que te diga que no tardes.

Su hermano desapareció cerrando la puerta. Wendy se quedó sobresaltada. ¿Un joven? ¿Quién sería? Entonces tuvo la sospecha de que no podría ser otro que Reginald. Angustiada, se arregló un poco y bajó al recibidor.

Efectivamente su amante estaba en un sillón conversando con sus padres, que le escuchaban sentados en el sofá. Cuando la vio, la señora Darling se levantó y fue hacia ella.

—¡Oh, Wendy! ¡Hemos conocido al señor Reginald Benson! Ha venido a vernos. Deberías de habernos contado vuestra relación.

Wendy se dejó arrastrar, como hipnotizada, por su madre hasta Reginald, que ya levantado la saludó juntando sus mejillas con las de ella. Se sentó en el otro sillón enfrente de Reginald. Su padre aclaró:

—Wendy: el señor Benson ha venido para pedirme tu mano. Nos ha dicho que lleváis casi dos meses de amistad y que quería tener contigo una relación seria, digamos,

comprometida. Nos ha jurado que te quiere y que piensa que tú abrigas hacia él los mismos sentimientos. Tu madre y yo hemos evitado pronunciarlos sin tu presencia, para que confirmes esta relación.

Wendy no reaccionó. Súbitamente se echó a llorar, se levantó y abandonó a toda prisa el salón, subiendo escaleras arriba hasta recluirse de nuevo en su habitación. Sus padres se quedaron atónitos, ya que creían que la visita de Reginald era motivo de felicidad y que había sido acordada por ambos. Le miraron con signos de interrogación en sus caras y el muchacho, atribulado, balbuceó:

—Es que... debo aclararles que no habíamos convenido que mi petición de mano fuera hoy. He querido darle una sorpresa...

—¿Una sorpresa? Vaya... ¡pues lo has conseguido! Perdona, pero voy a ver qué le pasa —dijo en tono de reproche, mientras se levantaba, la señora Darling.

Cuando se quedaron solos, el señor Darling quiso reactivar la conversación.

—Así que tu padre es el famoso Derek Benson...

La señora Darling pudo tranquilizar a Wendy, quien bajó a los pocos minutos y confirmó, con voz entrecortada por la emoción, las palabras de Reginald. Luego tomaron el té y charlaron animadamente. A las seis, los recién estrenados novios anunciaron que irían a caminar, ¡cómo no!, por los Jardines de Kensington.

Entraron por el Paseo Principal que cruza los Jardines. Llegaron hasta el Palacio y se sentaron en un banco, frente al Estanque Redondo. Reginald le explicó que por la mañana Kathryn le había visitado y contado la noticia del embarazo. Obtuvo su dirección a través de Curly. Le dijo que era el gran acontecimiento de su vida, que estaba plétórico e ilusionado, que había hablado con sus padres y que quería asumir su responsabilidad, por supuesto casándose con ella. Restó importancia a la relación iniciada con la señorita Martison, asegurando que era sólo una buena amiga. Esa misma mañana había roto con ella.

—¿Sabes? —dijo Wendy—. Yo no la conozco, pero anoche la vi contigo en mis sueños. Estabais delante del Palacio y me visteis mientras yo caía del tejado. En ese momento desperté. Fue justamente allí —señaló el sitio aproximado.

Aquel atardecer, antes de llevarla de vuelta a casa, volvieron a hacer el amor en la casita de madera en la que se escondió Marmaduke Perry.

Wendy Darling se casó con Reginald Benson al cabo de un mes, después de que revelara el embarazo a sus padres y de que estos apremiaran para fijar la fecha de la boda.

Ella llevó un vestido blanco y un cinturón rosa. Siete meses después nació Jane.

Pasaron los años y la niña fue creciendo. La señora Darling murió años después, a causa de una enfermedad vírica. Cuando Jane tenía diez años, Peter Pan volvió a aparecer.

Fue en primavera. Reginald no se encontraba en la casa. Wendy Benson estaba sentada en el suelo, muy cerca del fuego. Jane estaba durmiendo echada en el sofá. Mientras zurría, Wendy oyó un graznido. Entonces la ventana se abrió de un soplo, como en otros tiempos, y Peter se posó en el suelo. Estaba exactamente igual que siempre. Él seguía siendo un niño y ella era toda una mujer. Se acurrucó junto al fuego sin atreverse a hacer movimiento alguno. Peter no la veía bien, ya que el salón estaba casi a oscuras. Le dijo que venía a por ella como cada año (aunque hacía muchos que no acudía), para hacer juntos la limpieza de primavera en el País de Nunca Jamás. Wendy le explicó que ya no era una niña, sino una mujer adulta, que no podría acompañarle más; estaba casada y era madre de una niña. Encendió la luz y Peter la vio al fin. Soltó un grito de alarma cuando aquel ser alto y hermoso se inclinó para cogerlo en brazos. Luego Wendy le mostró a Jane, que se había despertado con la conversación. La niña supo enseguida que Peter Pan estaba allí. Su madre le había hablado muchas veces de él. Aprovechando un momento en que ella salió a reflexionar, Peter aplicó sus polvillos de hada sobre la niña y al regresar Wendy la encontró volando con él por el salón. Jane le dijo que se iría con Peter a hacer la limpieza de primavera. Wendy al principio no la autorizó, pero luego, resignada, aceptó la situación. Sabía que su hija, con Peter, estaría segura.

—Ojalá pudiera ir con vosotros—suspiró Wendy.

Jane visitó durante varios años el País de Nunca Jamás. Luego fue creciendo, se casó y tuvo una hija llamada Margaret. Wendy llegó a ser una viejecita de pelo blanco y cuerpo encorvado. Con el tiempo, Margaret tomó el relevo de su madre y acompañó a Peter en nuevas aventuras en el País de Nunca Jamás. Wendy Benson murió un día, veinte años después de su querido esposo Reginald, mientras cuidaba las rosas de su jardín. Cuando Margaret tenga una hija, le llegará también la oportunidad de ser amiga de Peter, y así seguirán las cosas, mientras los niños sean alegres, inocentes y sensibles. Pero esas serán otras historias por contar.